

## ¿Por qué Dios no nos ha dado a todos la oportunidad de nacer sin el pecado original, como a Adán y Eva? Al fin y al cabo, si ellos metieron la pata, no es culpa nuestra

**P**ara responder a esta pregunta, puede ser útil comparar lo que sucedió a los hombres con lo que sucedió a los ángeles.

Cuando en la Biblia se nos habla de los ángeles, queda claro que son seres espirituales capaces de dialogar con Dios y con los hombres, que pueden razonar, amar y elegir libremente. Mientras que el ser humano es una unidad de cuerpo y alma, los ángeles son espíritus puros, sin mezcla de materia.

Dios creó a todos los ángeles en estado de amistad con Él. Gozaban de la vida de la gracia que los hacía partícipes de la vida divina. Habían sido creados para Dios y, solo en la relación de amor y comunión con Él, podían encontrar su felicidad. Pero son criaturas libres, y antes de pasar al estado de bienaventuranza total (lo que el lenguaje común llama «cielo»), pudieron decidirse por Dios o contra Él. Debido a la perfección de su conocimiento y de su libertad, un solo acto les bastó para unirse con Dios o separarse de Él para siempre. Unos eligieron adorar y amar a Dios, y alcanzaron así la dicha definitiva de entrar en la plena comunión con Dios. Otros se dejaron llevar por

el amor a sí mismos, por la soberbia, y son eternamente desgraciados lejos de Dios.

Pero lo que unos ángeles decidieron no afectó a los demás en el sentido de lo que llamamos «pecado original», porque no forman una naturaleza común como nosotros. Las personas humanas pertenecemos a la misma naturaleza: la naturaleza humana. En cambio, los ángeles, como no provienen unos de otros por generación sino que cada uno es creado directamente por Dios, no se transmiten de unos a otros una *naturaleza angélica*. Por eso, en los ángeles no puede darse lo que llamamos *transmisión* de un pecado de origen.

Los vínculos naturales que nos unen a las demás personas humanas son mucho más fuertes que los que unen a los ángeles entre sí. Esos vínculos están arraigados en nuestro mismo ser. Es una vinculación previa a las diversas relaciones que luego podemos establecer entre nosotros: tiene que ver con compartir una genealogía por la que unos seres humanos transmiten la vida a otros y, con ella, les comunican su propia condición humana. Se trata de un sólido, íntimo e inalterable lazo de solidaridad que nace de la común pertenencia a la condi-

ción humana y alcanza lo más profundo de cada hombre. Tener presente esta realidad nos ayuda a entender lo que significa el pecado original.

Como los ángeles, también el primer hombre y la primera mujer fueron creados en un estado de amistad con Dios. También ellos gozaban de la vida de la gracia: eran hijos de Dios y vivían en íntima relación de comunión y amor con Él. En aquel estado, la relación entre el hombre y la mujer estaba llena de armonía y también su relación con el mundo visible. Y todos esos regalos divinos los poseían también para su descendencia. Ellos eran en aquel momento la Humanidad. Eran la cabeza de un linaje, depositarios de un riquísimo patrimonio que debían transmitir a sus descendientes. Su descendencia debía recibir aquella inmensa riqueza por el mero hecho de tener la naturaleza humana comunicada por sus padres.

Pero las cosas sucedieron de otra manera debido al pecado de Adán y Eva: la ruina de aquel primer hombre y de aquella primera mujer afectó decisivamente a nuestra *herencia*. Habiendo podido nacer en la abundancia del amor de Dios, nacemos desde entonces en la miseria de la lejanía, necesitados del Salvador.

Quizá hoy nos cuesta un poco más entender esto porque la mentalidad actual es bastante individualista. Está en el ambiente la aspiración a ser totalmente autónomos e independientes unos de otros, hombres y mujeres hechos a sí mismos y triunfadores por recursos propios. Pero es fácil ver que este afán no dibuja más que una caricatura de la condición humana. Nadie llega a ser

lo que es sin los otros. Somos en muchos aspectos como enanos llevados a hombros por gigantes. Y en un aspecto muy fundamental de nuestra vida, somos herederos de una herida original. Se trata de una especie de gota de veneno introducida en nuestra naturaleza que nos ha afectado a todos por el hecho de ser humanos.

En la Biblia, la verdad sobre la *herencia* del pecado original se apoya en un claro sentido de «personalidad corporativa»: en cierto modo, todos los hombres formamos como un solo cuerpo, como una sola persona en Adán. Por eso, aquello que Adán hizo nos ha afectado a todos. Y también la salvación lograda por Cristo nos alcanza –y más profundamente– a todos: Cristo es la nueva Cabeza de una nueva humanidad. En Cristo no nacemos a una humanidad vieja para la muerte, sino a una humanidad nueva para la Vida.

No podemos cambiar el hecho de haber recibido la naturaleza humana tal como se transmite, con la herida del pecado original; pero, con la gracia de la redención que Cristo nos ha conquistado, podemos decirnos por Dios y vencer las consecuencias de esa herida. ■

**Para saber más:**

Catecismo de la Iglesia Católica,  
385-412.

Juan Ignacio Ruiz Aldaz